

JUEGOS FLORALES DE NARRATIVA 2013

Acta del jurado

El jurado de los Juegos Florales de Narrativa UNVICIO ABSURDO 2013, reunido el jueves 10 de octubre de 2013, luego de considerar los sesenta y cuatro trabajos presentados y de una detenida deliberación, decidió otorgar los premios a los siguientes cuentos:

■ Primer puesto

El fruto maldito, de Marcelo Miguel La Torre Casanova. Por la depuración en el lenguaje y la recreación del imaginario amazónico, que es asumido con riqueza y profundidad.

■ Segundo puesto

La cabellera, de María Gracia Morales Maldonado. Por su originalidad en el manejo de los tópicos de la literatura fantástica y de horror, con un buen desarrollo de la ironía y el suspenso.

■ Tercer puesto

Binario incendiario, de Bruno Timarchi Ynoñán. Por la representación alegórica de los límites temporales del ser humano, así como el miedo a la muerte y su modo de enfrentarse a las presiones del medio.

Menciones honorosas

No se puede corregir a la naturaleza, de Manuel Bernardo Pinedo Hoyos.

El taxista, de Gino Telly Amoretti Álvarez.

Algunos firman con sudor, de Catalina María Jacinta Gaviria Castillo.

Danza en el cementerio, de Romeo Canseco Loiacono.

Juego de sala, de Álvaro Antonio de Jesús Martínez Gómez.

Miguel Bances
Jurado

José Güich
Jurado

César Nieri
Organizador

EL FRUTO MALDITO

Marcelo Miguel La Torre
Casanova

El sol ya estaba ocultándose detrás de las enormes lupunas, mientras yo seguía pescando; era tiempo de sequía y se tornaba difícil conseguir un par de gamitanas.

—¡Que pase un paichecito! —pensaba—. ¡Mitayo para toda la semana!

Pero el monte es mishico, tiene madre; eso dice mi abuelo. No te da nada y todo te quita. Él sabe lo que afirma, por algo es el chamán de mi pueblo.

Cansado de esperar, y con un par de pejes que me darían de comer unos días, decidí regresarme, porque ya estaba anocheciendo. La luna llena se adueñaba del cielo y brillaba enorme, ostentosa y malvada.

—¡La noche en el monte es peligrosa!— volví a recordar las palabras del viejo.

Felizmente, siempre cargo un machete, para abrirme paso en la selva; un mapacho, para ahuyentar a los malos espíritus; y un poco de ayahuasca, por si tengo que enfrentarme a uno.

La ruta iba a ser larga y como iba contra corriente más larga aún. Empecé a sentir hambre y no tenía absolutamente nada para comer. Me quedaba sin energías. De pronto, divisé que de uno de los lados del borde del río sobresalía un árbol con frutos rojos, se veían exquisitos. Al acercarme y examinarlos bien los reconocí: "¡el fruto del Chullachaqui!", dije asustado. No sabía si ingerirlo, mi abuelo me dijo que nunca me alimente de ese fruto, pero jamás me explicó qué es lo que sucedía si lo hacías. Arriesgándome, cogí unos cuantos y los guardé. Con el estómago engañado seguí mi camino a casa.

Durante las dos primeras horas no había notado nada raro, pero luego empecé a observar minuciosamente y reconocí ciertos lugares por los que, estaba seguro, ya había pasado. Un canto malagüero sonó, un "vaca muchacho", ave del demonio, de los malignos de la Amazonía.

Ofuscado por la extraña situación encendí el cigarrillo y la tenue luz de su combustión parecía una luciérnaga en medio del río, desolada en lo profundo del bosque.

Corté un pedazo de tela y lo amarré a una rama para marcar el camino por el que ya había pasado; sorprendentemente, al cabo de unos minutos volví a transitar por mi señal. Completamente atónito, seguí remando; ya empezaba a asustarme. Volví a pasar una tercera vez por allí mismo, cuatro, ¡cinco!, empecé a pegarle gritos al vacío, a la noche, a la luna, al monte.

—¿Qué es lo que quieren?! ¡Déjenme ir! —gritaba, estupefacto, por lo que pasaba.

Dejé de remar y ya sabía que no iba a poder ahuyentar a los demonios de la selva, sino que debía de enfrentarlos. Saqué la botella de ayahuasca y, de un solo golpe, me tomé la mitad del contenido. Junto con el quemar de mi mapacho y un canto ritual, la inmensidad del bosque se abrió ante mis ojos, y sus demonios me mostraban sus rostros.

No cualquiera puede soportar la narcótica experiencia de este trago nocivo. Algunos desfallecen ante su gran poder y otros se quedan atrapados en el mundo de la ayahuasca, jamás recobran la conciencia y vagan en ese infierno de demonios y alucinaciones: se pierden para siempre. Sin embargo, no es la

primera vez que me someto a este ritual, empecé mi entrenamiento desde los siete, por lo que a estas alturas debería ser considerado un gran chamán, como el viejo.

De todos los entes que se aparecían ante mí, capté la atención de uno solo. El Shapshico me miraba exacerbado, de sus ojos brotaban llamas de ira; yo lo había provocado. El caudal del río se detuvo inexplicablemente, mi canoa no avanzaba y yo me fortalecía con cada sorbo del veneno que bebía.

La psicosis en la que me había sumergido era insólita. Por mis venas corría sangre hirviendo, como si un ácido atravesara por todo el torrente de mi cuerpo. Sentía que mi alma se elevaba, separándose de mi carne, dejando por un momento el mundo terrenal para, así, luchar contra el espectro que me retenía en los frondosos aguajales y el místico Amazonas que había estancado sus aguas.

Cuerpo de hombre y patas de cabra. De rostro horripilante y con unos ojos brillantes como esa luna llena que alumbraba rimbombante. Me inspiraba mucho miedo, por lo que traté de hablarle primero.

—Déjame ir —le dije—. He cogido tus frutos porque sentía hambre. Estoy agradecido por el alimento, no quise insultarte —reconocí el error que había cometido e intenté que me liberara por las buenas; sin embargo, no accedió a mis disculpas y se abalanzó contra mi canoa, derribándome contra las oscuras aguas del afluente.

Se prendió de mí como un pelejo e imitando un remolino, me llevó hacia las profundidades. Todo era muy extraño, no entendía cómo podía respirar bajo el agua y se lo atribuía todo al poder de la ayahuasca. Necesitaba salir, pues el efecto se desvanecería pronto y estaría acabado.

Logré empujarlo con una fuerte patada y, con el machete, traté de cortarle la cabeza. El diablillo se alejó rápidamente, esquivando el sablazo. Aproveché ese instante para salir a la superficie. Me paré en tierra firme y esperé en guardia a que saliera mi adversario. Sin previo aviso, saltó del agua como un bufeo, y gracias a mis reflejos logré atravesar el pecho de este con mi arma.

Su cuerpo se desvaneció en el viento, que soplaba una melodía tenebrosa, oscura y siniestra. Había matado a un ente del monte, a un servidor de la Pachamama; sus demonios. En ese instante un agujero se abrió en el centro del río y unas ganas incesantes de arrojarme a él invadieron mi cuerpo. Así pues, me lancé hacia el túnel que incomprensiblemente me llevó al mismo lugar en donde estaba pescando.

Me encontraba acostado en mi canoa, como si hubiese caído en un sueño, un muy mal sueño. Ya estaba amaneciendo y la resaca estallaba en mi cabeza. Miré hacia mi canasta y todos mis pejes estaban putrefactos. Me habían castigado por coger los frutos, me dejaron sin comida. Como les dije, el monte es mishico, no te da nada y todo te lo quita.

Glosario

Lupuna (*Ceiba pentandra*). Es un árbol de la zona intertropical que alcanza hasta setenta metros de altura.

Gamitana (*Colossoma macropomum*). Pez de agua dulce de la Amazonía. Una de las principales fuentes de alimento de esta región.

Paiche (*Arapaima gigas*). Segundo pez de agua dulce más grande del mundo. Vive en las cuencas del río Amazonas.

Mishico. Avaro, mezquino.

Mapacho. Cigarrillo hecho a mano de tabaco rústico.

Chullachaqui o Shapshico. Es una de las leyendas más populares de la selva, refiere a un personaje que suele engañar a sus víctimas y hacerlos perder en la espesura de su vegetación. Es considerado el guardián del bosque.

Vaca muchacho (*Crotophaga ani*). Ave pequeña color negro que vive en la Amazonía. Se dice que su canto es presagio de la mala suerte.

Pelejo (*Melursus ursinus*). Oso perezoso..